

MÓDULO DE VIDEOCONFERENCIA: EL CATECISMO MENOR DE WESTMINSTER

Ponente: Jonathan Mattull

LECCIÓN 31: LOS DIEZ MANDAMIENTOS: UN PREFACIO DE GRACIA

Preguntas 43 y 44



The John Knox Institute
of Higher Education

Confiando nuestra herencia reformada a la iglesia en todo el mundo

Instituto John Knox de Educación Superior
Confiando nuestra Herencia Reformada a la Iglesia en Todo el Mundo

© 2019 por John Knox Institute of Higher Education

Todos los derechos reservados. No se reproducirá ninguna parte de esta publicación de ninguna forma ni por ningún medio con fines de lucro, a excepción de citas breves con fines de revisión, comentario o beca, sin el permiso por escrito del editor, Instituto John Knox, John Knox Institute, P.O. Box 19398, Kalamazoo, MI 49019-19398, USA

A menos que se indique lo contrario, todas las citas son de la versión Reina Valera Revisión de 1960

Visita nuestra página web: www.johnknoxinstitute.org

El reverendo Jonathan Mattull es ministro del evangelio en la Iglesia Presbiteriana Sovereign Grace, en St. Louis, Missouri, una congregación de la Iglesia Libre de Escocia (Continuada), Presbiterio de los Estados Unidos de América.

stlpresbyterian.org

EL CATECISMO MENOR

Rev. Jonathan Mattull

1. El fin principal del hombre - Pregunta 1
2. La Palabra de Dios y su enseñanza - Preguntas 2 y 3
3. Qué es Dios - Pregunta 4
4. Un solo Dios en tres personas - Preguntas 5 y 6
5. Los decretos de Dios - Preguntas 7 y 8
6. La obra de creación de Dios - Pregunta 9
7. La creación del hombre por Dios - Pregunta 10
8. Las obras de la providencia de Dios - Pregunta 11
9. La providencia especial de Dios hacia el hombre - Pregunta 12
10. La caída del hombre - Preguntas 13 y 15
11. Qué es el pecado - Pregunta 14
12. Los efectos de la caída en toda la humanidad - Preguntas 16 y 17
13. La pecaminosidad y miseria del estado caído del hombre - Preguntas 18 y 19
14. El pacto de gracia - Pregunta 20
15. Jesucristo, el Redentor de los elegidos de Dios - Pregunta 21
16. La encarnación - Pregunta 22
17. El oficio profético de Cristo - Preguntas 23 y 24
18. El oficio sacerdotal de Cristo - Pregunta 25
19. El oficio real de Cristo - Pregunta 26
20. La humillación de Cristo - Pregunta 27
21. La exaltación de Cristo - Pregunta 28
22. La aplicación de la redención - Preguntas 29 y 30
23. El llamamiento eficaz - Preguntas 31 y 32
24. La justificación - Pregunta 33
25. La adopción - Pregunta 34
26. La santificación - Pregunta 35
27. Las bendiciones de la salvación en esta vida - Pregunta 36
28. Las bendiciones de la salvación en la muerte - Pregunta 37
29. Bendiciones de la salvación en la resurrección - Pregunta 38
30. El deber requerido del hombre - Preguntas 39 a 42
- 31. Los Diez Mandamientos: Un prefacio de gracia - Preguntas 43 y 44**
32. Los Diez Mandamientos: Amor a Dios - Preguntas 45–48
33. Los Diez Mandamientos: Amor al culto de Dios - Preguntas 49–52
34. Los Diez Mandamientos: Amor al nombre de Dios - Preguntas 53–56
35. Los Diez Mandamientos: Un día para el amor sagrado - Preguntas 57–59
36. Los Diez Mandamientos: Amor al día de Dios - Preguntas 60–62
37. Los Diez Mandamientos: Amor dentro de nuestras relaciones - Preguntas 63–66
38. Los Diez Mandamientos: Amor a la vida - Preguntas 67–69

39. Los Diez Mandamientos: Amor a la pureza - Preguntas 70–72
40. Los Diez Mandamientos: Amor a la porción del Señor - Preguntas 73–75
41. Los Diez Mandamientos: Amor a la verdad - Preguntas 76 a 78
42. Los Diez Mandamientos: Amor desde adentro - Preguntas 79 a 81
43. Comprendiendo nuestro pecado - Preguntas 82 a 84
44. Escapando de la ira y maldición de Dios: Fe salvadora - Preguntas 85 y 86
45. Escapando de la ira y maldición de Dios: Arrepentimiento para la vida - Pregunta 87
46. Escapando de la ira y maldición de Dios: Medios de gracia - Pregunta 88
47. Medios de gracia: La Palabra de Dios - Preguntas 89 y 90
48. Medios de gracia: Los sacramentos - Preguntas 91 a 93
49. Medios de gracia: El bautismo cristiano - Preguntas 94 y 95
50. Medios de gracia: La Cena del Señor - Pregunta 96
51. Medios de gracia: Recibiendo la Cena del Señor - Pregunta 97
52. Medios de gracia: La oración - Preguntas 98 y 99
53. La Oración del Señor: El prefacio - Pregunta 100
54. La Oración del Señor: La primera petición - Pregunta 101
55. La Oración del Señor: La segunda petición - Pregunta 102
56. La Oración del Señor: La tercera petición - Pregunta 103
57. La Oración del Señor: La cuarta petición - Pregunta 104
58. La Oración del Señor: La quinta petición - Pregunta 105
59. La Oración del Señor: La sexta petición - Pregunta 106
60. La Oración del Señor: La conclusión - Pregunta 107

31 LECCIÓN

LOS DIEZ MANDAMIENTOS: UN PREFACIO DE GRACIA

P. 43. *¿Cuál es el prefacio de los diez mandamientos?*

R. El prefacio de los diez mandamientos se encuentra en estas palabras: «Yo soy Jehová tu Dios, que te saqué de la tierra de Egipto, de casa de servidumbre».

P. 44. *¿Qué nos enseña el prefacio de los diez mandamientos?*

R. El prefacio de los diez mandamientos nos enseña que, puesto que Dios es el Señor, nuestro Dios y Redentor, estamos obligados a guardar todos sus mandamientos.

¿Cuál es el fin principal del hombre? Esta conocida pregunta es la primera pregunta del Catecismo Menor de Westminster. Con esta pregunta, se nos invita a examinar cuál es nuestro propósito primordial como seres creados por Dios. La respuesta dada, «glorificar a Dios y gozar de él para siempre», es fácil de aprender y, no obstante, contiene una profundidad insondable. Esta pregunta y respuesta son las primeras de las 107 preguntas y respuestas que se encuentran en el Catecismo Menor de Westminster. Este fue redactado por primera vez en 1647 por la Asamblea de Westminster en Londres, Inglaterra, y desde entonces ha sido un tesoro de instrucción centrada en la Biblia, enseñado y aprendido en iglesias y familias de todo el mundo. Aunque originalmente fue escrito para niños, contiene una rica enseñanza para todos, para personas de todas las edades e intelectos. Esperamos que aprendas mucho de estas lecciones sobre el Catecismo Menor de Westminster y que sean una bendición abundante para ti.

TRANSCRIPCIÓN DE LA LECCIÓN 31:

En nuestra lección de hoy, comenzaremos con el estudio de los Diez Mandamientos. Puede que ya estés muy familiarizado con cada uno de estos diez mandamientos, pero si no es así, espero que las siguientes lecciones te ayuden a entender este resumen divinamente dado de la ley moral (lo que Dios requiere de todos los hombres). Si aún no lo has hecho, permíteme animarte a que tomes un tiempo y te dediques a memorizar en su totalidad los Diez Mandamientos. A medida que lo hagas, comenzarás a meditar en este grandioso resumen de todo lo que el Señor requiere de nosotros. Y, con la bendición del Señor, encontrarás ayuda no solo para la convicción del pecado, sino también para entender lo que Cristo hizo por nosotros al cumplir estos mandamientos, así como también para aprender a expresar tu gratitud al confiar en Él.

Entonces, ¿cómo comienzan los Diez Mandamientos? Entendería si dijeras: «No tendrás dioses ajenos delante de mí». Ese es el primer mandamiento. Sin embargo, en realidad no es así como comienzan los Diez Mandamientos. ¿A qué me refiero? Me refiero a que comienzan con una introducción, y una introducción muy importante. Esta introducción nos proporciona una clave para comprender la manera correcta de usar los Diez Mandamientos. Y también nos da ánimo cuando nos esforzamos por obedecerlos. Nuestro Catecismo se refiere a esta introducción como un «prefacio». Un prefacio es algo que va antes de otras cosas. Muchos libros tienen un breve prefacio antes del cuerpo principal del texto. El prefacio suele brindar ideas útiles para comprender el resto del libro. Y, como veremos, esto es cierto en cuanto al prefacio de los Diez Mandamientos. Si aún no has memorizado los Diez Mandamientos, asegúrate de comenzar con este prefacio, pues te será de gran ayuda al considerar estas benditas palabras.

Tenemos dos preguntas para nuestra lección de hoy. La primera es la pregunta 43 del Catecismo Menor. Esta nos proporciona las palabras del propio texto bíblico. Y la segunda, la pregunta 44, ayuda a explicar el significado de estas palabras tan importantes. La primera pregunta, la pregunta 43, dice: «¿Cuál es el prefacio de los diez mandamientos?». Y la respuesta: «El prefacio de los diez mandamientos se encuentra en estas palabras: ‘Yo soy Jehová tu Dios, que te saqué de la tierra de Egipto, de casa de servidumbre’». Estas son las palabras que encontramos en Éxodo 20:2. También es útil ver que, justo antes de este versículo, en el versículo 1, leemos: «Y habló Dios todas estas palabras, diciendo». Recuerda siempre esto: Los Diez Mandamientos no fueron dados por Moisés. No son palabras de Moisés. No son mandamientos de Moisés. Estos mandamientos fueron pronunciados, escritos y entregados por Dios.

Ahora, nuestra siguiente pregunta ayuda a explicar el significado de las palabras del versículo 2: «¿Qué nos enseña el prefacio de los diez mandamientos?— El prefacio de los diez mandamientos nos enseña que, puesto que Dios es el Señor, nuestro Dios y Redentor, estamos obligados a guardar todos sus mandamientos». Como muestra esta respuesta a la pregunta 44, el prefacio en realidad nos proporciona razones útiles para recordar por qué debemos guardar sus mandamientos. En esta lección veremos cada una de estas razones. Siguiendo esta guía útil del Catecismo, examinaremos tres puntos, todos los cuales nos muestran razones para obedecer a Dios: en primer lugar, *la transcendencia de Dios*; el segundo lugar, *el pacto de Dios*; y en tercer lugar *la redención de Dios*.

Ahora, antes de continuar, permíteme señalar que cuando entendemos bien el prefacio, vemos que no hay argumento alguno para obedecer a Dios con el objetivo de ganar la salvación. El propio prefacio se dirige a un pueblo que Dios ya ha llamado para sí, un pueblo que Él ha sacado de la esclavitud. Hay un punto muy significativo que entender aquí: tanto acerca de Israel bajo el Antiguo Testamento como en cuanto a la obediencia que ofrece el creyente hoy, no obedecemos los mandamientos de Dios con la finalidad de ser salvos. Sino que, ya que Él ha mostrado misericordia hacia nosotros, y, sí, puesto que Él nos ha redimido por la sangre de Cristo, por lo tanto somos de aquellos que desean guardar y obedecer sus mandamientos, que es su santa voluntad para nosotros.

1. *La transcendencia de Dios*

Bueno, entonces, en primer lugar en nuestra lección, *la transcendencia de Dios*. «Transcendencia» es una palabra grande. La palabra en sí proviene de la idea de subir o ir más allá de algo. Puedes llenar una taza con agua, pero también puedes ponerla bajo un grifo y dejar que el agua la llene y desborde la taza. La taza es demasiado pequeña para contener todo lo que se vierte en ella. El agua la trasciende. Cuando hablamos de la transcendencia de Dios, nos referimos a la verdad de que Dios trasciende, es decir, que Él excede o va más allá de nuestra capacidad de comprenderlo por completo. Recuerda, Él es infinito, eterno e inmutable.

Y observa las palabras del prefacio: «Yo soy el SEÑOR». En hebreo, la palabra «SEÑOR» es «Jehová». Es el nombre que Dios se atribuye a sí mismo y está relacionado con las palabras que le dijo a Moisés en la zarza ardiente, en Éxodo 3 versículo 14. Leemos: «Y dijo Dios a Moisés: YO SOY EL QUE SOY. Y dijo: Así dirás a los hijos de Israel: YO SOY me envió a vosotros». Este nombre se refiere a Dios como autoexistente. El Catecismo Mayor lo explica de manera útil cuando dice: «Dios manifiesta su soberanía al ser JEHOVÁ, el Dios eterno, inmutable y todopoderoso, teniendo su ser en y por sí mismo» (Catecismo Mayor de Westminster, Pregunta 101). Cada vez que leas la Biblia y te encuentres con el nombre del Señor, y en inglés lo veas como «LORD» con todas las letras mayúsculas, eso representa a JEHOVÁ. Debes tener presente que esto nos recuerda que Él es Jehová, el Dios eterno, inmutable y todopoderoso, que tiene su ser en y por sí mismo y no depende de nadie.

Pues bien, con esto en mente, es por eso que nuestra pregunta dice: «puesto que Dios es el Señor». El Dios que dio estos Diez Mandamientos es Jehová, el glorioso Dios que trasciende toda la creación y, teniendo vida y ser en y por sí mismo, Él no es parte de la creación. Él es el Creador. Esto nos recuerda que Él es supremo. Su autoridad está por encima de todo lo que existe. No hay nadie antes que Él, ni nadie por encima de Él. Pongámoslo de manera un poco diferente. Si desobedeciéramos a Dios —y de hecho, para nuestra vergüenza, cuando le desobedecemos— estamos desobedeciendo al mayor, al más alto y al mejor que existe. Esto nos muestra la gran maldad y necedad del pecado. Y al recordar que Dios es el Supremo, el Glorioso que trasciende todo, vemos claramente: «Pues claro que debo obedecerle». No hay nadie mejor que Él, nadie más grande, nadie más glorioso que Él. Y el prefacio nos ayuda a recordar esto. Nadie se compara con Dios. Dios está por encima de todos. Por lo tanto, no deberíamos pensar: «Bueno, seguiré a mis amigos o a mis compañeros, o iré tras lo que yo deseo». Si esto contradice lo que Dios ha explicado en su Palabra, estaríamos siguiendo a alguien inferior en lugar de al más grande. Así que recordemos, puesto que Dios es el SEÑOR, ya que Él es el mayor que existe, estamos obligados a obedecerlo.

2. *El pacto de Dios*

Pero observa, en segundo lugar, *el pacto de Dios*. Vemos estas palabras: «Yo soy el SEÑOR tu Dios». Por supuesto, es cierto que Dios es Dios sobre todo lo que existe. El Dios de la Biblia (el Dios que dio los Diez Mandamientos) es Dios sobre los ateos. Él es Dios sobre los hindúes. Es Dios sobre los musulmanes. Es Dios sobre todos los paganos e idólatras. Es Dios sobre todo el mundo. Sin embargo, esta expresión, «tu Dios», se refiere a esa relación especial que Dios

estableció con su pueblo: el pacto. Puedes ver esto expresado de manera clara en Génesis 17. No es el único lugar, pero es una ilustración útil de este gran privilegio de estar en relación con Dios a través del pacto. Este capítulo registra, por supuesto, cuando Dios estaba estableciendo este pacto con Abraham. Así que observa Génesis 17, versículos 7 y 8. Dios dice: «Y estableceré mi pacto entre mí y ti, y tu descendencia después de ti en sus generaciones, por pacto perpetuo, para ser tu Dios, y el de tu descendencia después de ti. Y te daré a ti, y a tu descendencia después de ti, la tierra en la que eres forastero, toda la tierra de Canaán en heredad perpetua; y seré el Dios de ellos». Ahora bien, como muestra este pasaje, Dios estableció una relación especial con Abraham y sus descendientes. Observa de nuevo ese lenguaje: «seré tu Dios, y el de tu descendencia después de ti... seré el Dios de ellos». Este, por supuesto, es el fundamento de todo lo que Él hace por su pueblo.

Ya hemos mencionado antes la palabra «pacto». Notamos entonces que la palabra «pacto» se refiere a una relación especial establecida entre dos o más personas. En un pacto hay promesas, y hay responsabilidades, y a menudo hay bendiciones por cumplir esas promesas, así como consecuencias por no cumplir nuestras responsabilidades. Podemos ver algo de esto en Génesis 17, que acabamos de mencionar. Hay una relación especial establecida entre Dios, Abraham y los descendientes de Abraham. Se dan promesas, la más fundamental de las cuales es: «Yo seré tu Dios, y el de tu descendencia después de ti... Yo seré el Dios de ellos». Esto los lleva a una relación tal que Dios ahora dice: «Yo soy el SEÑOR *tu Dios*».

Así que, una vez más, es cierto que toda la humanidad responde delante de Dios, pues Él es el Dios de toda la tierra. Sin embargo, aquellos con quienes Él ha hecho un pacto han recibido un privilegio tremendo. Este privilegio los impulsa a obedecerle aún más. Él se ha acercado a nosotros y nos ha dicho: «Yo seré su Dios, y ustedes serán mi pueblo». Él nos posee como su propio pueblo. Y nos concede el privilegio de tenerlo a Él como nuestro Dios. Sin duda has presenciado bautismos, y lo que sucede en un bautismo es que la señal y sello externo del pacto de gracia es aplicado a una persona. Y piensa en las palabras: «Yo te bautizo en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo». Hay una relación en la que uno es traído a la comunión, a el pacto con Dios el Padre, Dios el Hijo, y Dios el Espíritu Santo. Ahora bien, como hemos dicho antes, esto no significa que esa persona sea salva, pero lo que sí significa es que Dios está diciéndole a esa persona: «Yo seré tu Dios. Yo te privilegio con todo mi cuidado, toda mi Palabra, mis promesas y mandamientos. Te doy el privilegio de escuchar mi Palabra cada día de reposo. Te doy el privilegio de ser pastoreado por aquellos pastores que he enviado conforme mi propio corazón». Así es como Él nos cuida, y nos saca, por así decirlo, del mundo, y nos coloca en el contexto donde nos enseña su pacto.

Este es un gran privilegio. Y si estás en el pacto de Dios, si has sido bautizado, Dios te ha dicho: «Tú eres mío, y te ofrezco todo lo que soy, es para ti». Esto es precisamente por lo que el Catecismo incluye una razón para la obediencia: «Puesto que Dios... es nuestro Dios». Sí, aunque Él gobierna sobre todos los demás, y muestra misericordia incluso a ellos, no se ha acercado a todos los demás de la misma manera en que sí se acerca a su pueblo. Porque a su pueblo les dice: «A ti te doy promesas. Te ofrezco mi pacto a ti, para ser tu Dios a quien puedas invocar, en quien puedes confiar, y por quien puedes ser salvo». De esta manera, Dios distingue a su pueblo del pacto, del mundo, lo cual es un privilegio enorme.

Ahora bien, viendo que Dios ha sido tan bondadoso con nosotros en esto, ¿no es justo que se nos llame a obedecerlo? Y observarás el lenguaje del Catecismo: «por lo tanto, estamos

obligados a guardar todos sus mandamientos». Esta obligación es una noción de la relación de pacto. «Yo soy tu Dios, así que sígueme». A veces los niños le dicen a sus padres: «Bueno, a mi amigo le dejan hacer esto o aquello». Y el padre, con toda razón, dirá: «Bueno, yo no soy el padre de esa persona. Yo soy tu padre o madre, y tú debes escucharme a mí». Con todo el cuidado que mamá y papá proveen, tienen derecho a decirles a sus hijos: «Así será nuestra familia». Cuánto más Dios, quien ha establecido una relación con nosotros infinitamente superior a cualquier otra relación, que en su muestra de bondad, cuidado y protección hacia nosotros, sería apropiado que nos dijera: «Por lo tanto, obedéceme».

3. La redención de Dios

En tercer lugar, *la redención de Dios*. Redimir significa «comprar de regreso». Es adquirir algo, de modo que aquello que has comprado ahora es especialmente tuyo. Esto es exactamente lo que Dios ha hecho por su pueblo. Observa el lenguaje del prefacio: «que te saqué de la tierra de Egipto, de casa de servidumbre». Este lenguaje, por supuesto, habla de liberación. Dios ha dado a su pueblo libertad de su antigua esclavitud. Sin embargo, ¿cómo logró esta liberación? ¿Cómo los sacó de la casa de servidumbre? Lo hizo mediante la redención. ¿Qué fue esa redención? ¿Cuándo compró Dios a su pueblo? Pues bien, notarás que el prefacio nos remite a Éxodo. Vemos esto en la historia de Israel, al principio del libro de Éxodo. Me detengo un poco para dirigirte a un pasaje más extenso, pero observa la siguiente porción de Éxodo capítulo 6, versículos 2 al 7. Y al tener este pasaje ante ti, escucha, y notarás estos tres puntos: la trascendencia de Dios, su pacto, y su redención. Presta particular atención a cómo Dios dice que redimirá a su pueblo. Éxodo 6:2-7:

Y habló Dios a Moisés y le dijo: Yo soy Jehová. Y me aparecí a Abraham, a Isaac y a Jacob como Dios Omnipotente, mas en mi nombre Jehová no me di a conocer a ellos. Y también establecí mi pacto con ellos, de darles la tierra de Canaán, la tierra de sus peregrinaciones, en la cual moraron. Y asimismo yo he oído el gemido de los hijos de Israel, a quienes hacen servir los egipcios, y me he acordado de mi pacto. Por tanto, dirás a los hijos de Israel: Yo soy Jehová; y yo os sacaré de debajo de las cargas de los egipcios, y os libraré de su servidumbre, y os redimiré con brazo extendido y con grandes juicios. Y os tomaré por mi pueblo y yo os seré por Dios; y vosotros sabréis que yo soy Jehová vuestro Dios, que os saco de debajo de las cargas de los egipcios. (Ex 6:2-7).

Es un pasaje extenso para nuestra lección, pero da un testimonio muy claro de estas verdades importantes. Observa la trascendencia de Dios: «por mi nombre Jehová». Observa el pacto de Dios: «he establecido mi pacto con ellos» y luego, «he recordado mi pacto». Y ahora, la redención de Dios: «Os sacaré de debajo de las cargas de los egipcios, y os libraré de su servidumbre, y os redimiré con brazo extendido y con grandes juicios». Y luego dice: «Os tomaré como pueblo mío». En lugar de estar bajo la esclavitud de Egipto, dice: «Os redimiré, os sacaré, y seréis mi pueblo».

Dios redimió a su pueblo esclavizado de la cruel esclavitud bajo el abusivo control de Faraón, y lo hizo mediante grandes juicios. ¿Lo recuerdas? Puedes leer acerca de ello en las primeras partes del libro de Éxodo. Fueron las plagas que Dios trajo sobre Egipto. La última y culminante plaga fue, por supuesto, la muerte de los primogénitos. Y debes recordar lo que Dios

hizo por su pueblo cuando trajo esa plaga sobre la tierra: fue cuando estableció la Pascua. Puedes leer sobre esto en Éxodo 12, pero probablemente ya conozcas los puntos principales. Cada hogar debía sacrificar un cordero y poner su sangre en los postes de la puerta de su casa. Y Dios dice, en Éxodo 12:23, «Jehová pasará hiriendo a los egipcios; y cuando vea la sangre en el dintel y en los dos postes, pasará Jehová de largo aquella puerta y no dejará entrar al destructor en vuestras casas para herir».

Ahora, ¿por qué nos enfocamos en esto? Porque cuando Dios dice: «Te saqué de la tierra de Egipto, de la casa de servidumbre», Él nos está señalando de regreso a este evento histórico. Pero esto también tiene un significado para nosotros hoy, ya que hallamos que la Pascua —ese acto culminante de redimir y liberar a su pueblo de esa esclavitud— finalmente apunta al Señor Jesucristo. La Pascua fue una sombra, un tipo, una anticipación de Cristo que había de venir. Puedes ver lo que dijo Juan el Bautista cuando vio a Jesús y clamó: «He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo». Jesús es el Cordero que Dios proveyó para tratar los pecados de su pueblo en todo el mundo. Su sangre los redime. En Gálatas 1:4, Pablo nos dice brevemente por qué Cristo se entregó a sí mismo por nosotros. Él dice: «El cual se dio a sí mismo por nuestros pecados, para librarnos de este presente siglo malo, conforme a la voluntad de nuestro Dios y Padre». Ves, la obra de Cristo nos redime de la esclavitud de este mundo malo. Libera a quienes confían en Él.

El vínculo entre la Pascua y Jesucristo no es algo que inventamos. La Escritura lo identifica explícitamente. Pablo escribe sobre esto en 1 Corintios 5:7, cuando exhorta a los cristianos a «limpiar la vieja levadura, para que seáis nueva masa, como sois sin levadura. Porque nuestra Pascua, que es Cristo, ya fue sacrificada por nosotros». Es cierto que los creyentes de hoy no experimentan la Pascua histórica que está registrada en el libro de Éxodo en el Antiguo Testamento, pero también es cierto, y debe recordarse, que compartimos con todos los creyentes de todas las épocas la realidad a la que ese evento del Antiguo Testamento apuntaba. Los eventos del Antiguo Testamento señalaban, preparaban y anticipaban la más plena liberación en y por Cristo Jesús, y el derramamiento de su sangre en la cruz. Esto significa que, al mirar atrás a lo que Cristo hizo por nosotros, también nosotros disfrutamos del beneficio de ser liberados de la casa de servidumbre. En otras palabras, el prefacio de los Diez Mandamientos nos señala hoy a la obra redentora de ese Mediador, Jesucristo. Y lo hace al recordar ese evento histórico del Antiguo Testamento que apunta a la liberación que sería obrada por Cristo.

Esto nos ayuda a comprender la relevancia del prefacio a los Diez Mandamientos. Cuando Dios redime a un pueblo, cuando les perdona sus pecados y los compra para sí, esto no significa que ahora sean liberados para hacer lo que deseen. Más bien, Él los ha comprado para que sean su pueblo. Los hace suyos. Los compra para sí mismo, lo cual, por supuesto, es algo que encontramos a lo largo de toda la Biblia. Observa cómo lo expresa Pablo, por ejemplo, en 1 Corintios 6:20: «Porque habéis sido comprados por precio; glorificad, pues, a Dios en vuestro cuerpo y en vuestro espíritu, los cuales son de Dios». Dios nos ha comprado con la sangre de su Hijo Jesucristo. Esto significa que ya no nos pertenecemos. Por lo tanto, debemos servir al Señor con cuerpo y alma, porque todo lo que somos ahora le pertenece a Él. Pedro escribe lo mismo en 1 Pedro 1:18-19: «Fuisteis rescatados de vuestra vana manera de vivir, la cual recibisteis de vuestros padres, no con cosas corruptibles, como oro o plata, sino con la sangre preciosa de Cristo, como de un cordero sin mancha y sin contaminación». Puedes escuchar a Pedro

señalando la Pascua, diciendo: «Cristo, nuestra Pascua, nos ha comprado y nos ha redimido para Dios».

Entonces ves, el prefacio nos dice que la trascendencia de Dios, su relación de pacto y su redención misericordiosa todas se unen y nos llaman a obedecerle. «Porque Dios es el Señor, y nuestro Dios y Redentor, por lo tanto estamos obligados a guardar todos sus mandamientos». Esta gracia no quita de nosotros el llamado a obedecerle. Más bien, fortalece esa demanda y nos da ánimo para hacerlo.

Desafortunadamente, hoy en día no todos comprenden esto. Piensan que la gracia y la bondad de Dios eliminan cualquier motivo para obedecer. Es cierto, ciertamente, que la gracia de Dios elimina cualquier intento que podríamos tener de obedecer con el fin de obtener su salvación. Solo Cristo cumple la ley para que seamos aceptados por Dios. Sin embargo, la gracia de Dios no elimina nuestra responsabilidad de obedecerle, y obedecerle en amor. Todo lo contrario: su bondad y amabilidad, y su amor, y su gracia y su redención todas se unen y claman: «Obedéceme». El mismo Cristo dijo: «Si me amáis, guardad mis mandamientos» (Juan 14:15). Pero, ¿por qué los creyentes lo aman? Juan escribe en 1 Juan 4: «Nosotros le amamos a Él, porque Él nos amó primero». Cuando conocemos el amor de Dios por nosotros, eso nos lleva a obedecerle. Si lo amamos, guardaremos sus mandamientos. Esta es, entonces, la enseñanza del prefacio. Dios nos muestra su bondad y su amor, y por eso, debido a su grandeza, debido a su pacto, debido a su redención, obedezcámosle.

Concluimos con esto: dos importantes aplicaciones surgen de este prefacio. La primera es que no hay verdadera obediencia a Dios sin un conocimiento de su trascendencia, su pacto y su redención. Si estás intentando obedecer la ley de Dios sin estas verdades, debes volver a miraras y considerar tu necesidad de abrazar este pacto y confiar solo en Cristo para tu redención. Solo entonces serás verdaderamente guiado a obedecer.

Y la segunda es esta: si estás confiando en Cristo, si has sido redimido por su sangre, ¡oh, querido creyente!, regocíjate en el Señor por su misericordia, y considera bien su amor. Luego, entrégate a esa obediencia amorosa y gozosa que le debes, obedeciendo su voluntad revelada en las Escrituras, tal como se establece aquí en estos Diez Mandamientos.

Palabras de cierre

Gracias por ver esta conferencia sobre el Catecismo Menor de Westminster. Confiamos en que hayas aprendido mucho de la instrucción proporcionada. Únete a nosotros en oración para que estas conferencias sean una bendición abundante para personas en todo el mundo.